Mujer en el tejado
MARIANO GISTAÍN



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

MARIANO GISTAÍN (Barbastro, Huesca, 1958) es periodista y escritor. Su última novela es La mala conciencia (Anagrama). En no ficción: Florida 135, cultura de club. Prepara una novela de "hipertexto".

Una mujer desciende por un tejado, lleva sin esfuerzo una gran caja de cartón, como las que se usan para embalar televisores, mira al horizonte y su túnica ondea mecida por una suave brisa de anuncio.

Abrió más los ojos: no había ninguna mujer, ninguna caja. Ni siquiera había un tejado. Entonces recordó quién era, pero no dónde estaba, ni cómo había llegado hasta esa habitación. Entrecerró los párpados y volvió a ver a la top model, descendiendo por el tejado con la gran caja ingrávida, la mirada fija en el horizonte, sin llegar a caerse...

El hombre, de cincuenta años, explicó que había ido a buscar a su hijo adolescente a una fiesta y que acabó atiborrándose de pastillas. No recordaba nada más, aunque suponía que se lo había pasado muy bien, pues le dolía todo el cuerpo y jamás se había sentido tan a gusto.

-Mi vida ha sido muy aburrida... no me gusta el fútbol, siempre estudiando y trabajando, siempre ocupándome de los demás, he sido tan responsable...
-Pero, ¿encontró a su hijo?
-No tengo ni idea... ya le digo que no recuerdo nada.
-Lleva diez días fuera de casa, su familia ha denunciado su desaparición...
-Por favor, no me tape la ventana.

Entonces miré a través de los visillos, hacia el mismo punto en que enfocaba él, y vi a la mujer con la caja, descendiendo por el tejado, sin llegar nunca al borde. Apagué el móvil, me senté junto a la cama y estuvimos toda la tarde mirando.

MI MADRE Y YO

La vecina y amiga ha traído una tortilla de patata y una fiambrera con pisto. Otra vecina y amiga ha bajado una tarta de chocolate. Hemos estado en casa, esperando noticias, velándonos mutuamente mi madre y yo. Alquilamos películas pero no las seguimos. Los análisis tardarán doce o trece días. Compramos cosas. Un aspirador nuevo. Un cinturón vibrador. Un DVD. Un perrito. Una batidora. Camisetas. Sujetadores. Bikinis. Una cesta para el perrito.

Por fin ha venido mi padre, fresco y relajado, con ojeras y un policía. Nunca lo habíamos visto tan bien. Ni siquiera ha preguntado por mi hermano, que está estudiando inglés en Irlanda. A mi hermano no le hemos dicho nada de la desaparición de mi padre, ni de los análisis que esperamos. No sabemos qué decir.

Mi padre es otra persona. Ha estado diez días desaparecido. Una juerga interminable. Se le ve superfeliz. Había ido a buscar a mi hermano a una discoteca cerca de Lleida y acabó en Bilbao. Él, que siempre había sido tan reservado, tan formal, tan ahorrador, se ha gastado cinco mil euros... ¡No me extraña que diga que no se acuerda de nada! El policía dice que ha venido a acompañar a mi padre porque le venía de paso, que va a

Salou a pasar el fin de semana con su familia. El poli dice que mi padre puede enfrentarse a una denuncia por quemar autobuses. No le hemos creído, pero nos ha mostrado un video en el que mi padre grita muera España y Viva el perejil. Se ve que se lo estaba pasando en grande, y que actuaba como cabecilla, incitando a la multitud a toda clase de desmanes. Si no fuera por los análisis que estamos esperando, sería hasta divertido. A veces papá tararea estribillos en euskera y cuando se da cuenta, él es el primer sorprendido.

Por ahora no nos atrevemos a decirle que esperamos el resultado de los análisis, con suerte a lo mejor no pasa nada. Nunca lo habíamos visto tan contento.

EL POLI

Ha vuelto el policía, que regresa a Bilbao. Es un poco rara esta relación. Parece que se han hecho amigos. Se han encerrado y han estado todo el rato hablando acerca de una mujer que andaba por un tejado y que nunca llegaba a caer. Lo he escuchado todo.

-Me ha cambiado la vida -decía el poli-, la hostia, no puedo pensar en otra cosa.

Mi padre asentía y los dos se lamentaban de no haberla vuelto a ver. Mi padre le decía al poli que fuera al hospital de Bilbao, a ver si era un efecto óptico provocado por los visillos, la polución, la posición del sol o cualquier otro fenómeno local... Parecían dos chalados, dos compinches planeando una travesura.

Cuando se ha ido el poli le he preguntado directamente a mi padre si se había enrollado con esa tía del tejado. Una cosa es quemar autobuses y otra echarse una novia. Me ha dicho que era una alucinación compartida. Me he cabreado y le he contado lo del bulto del pecho de mamá, los análisis que convierten cada llamada de teléfono en una pesadilla. Él se ha echado a llorar. Ha ido a abrazar a mi madre. Dice que él es el culpable, que todo está relacionado y que lo de mi madre es la consecuencia directa de su fuga. Intentamos que nos cuente algo de esos diez días, de la misteriosa mujer que camina por los tejados con una caja vacía, pero él repite que no se acuerda de nada, y que esa mujer es una visión que tuvo al despertar en el hospital. Que sólo es una visión, pero que no puede quitársela de la cabeza. Dice que esas alucinaciones podrían ser un efecto retardado de las drogas que tomó durante su juerga; lo extraño es que el policía también las vio. Yo le digo que los polis también toman drogas.

Le explicamos que lo de mi madre -aún evitamos la palabra- no tiene nada que ver con su desaparición. Nunca había visto llorar a mi padre. Repite una y otra vez que sus fechorías guardan relación directa con la enfermedad de mamá. Entonces ella recuerda que le obligó a ir a buscar a mi hermano a aquella fiesta, a salir en plena madrugada porque había estado viendo un programa sobre los estragos de las pastillas en la juventud... concluimos que la culpa de todo la tiene el Informe Semanal. Intentamos reírnos un poco en casa del ahorcado.

MI EXNOVIO DE MIERDA

-A qué viene tanto misterio.

-Hace años que trabajo para la CIA. No soy un espía ni un agente a tiempo completo. Soy una especie de informador ocasional, un corresponsal al que solo recurren en momentos concretos...

-Un agente de la CIA en Zaragoza. No me jodas. Dime qué quieres, no tengo muchas ganas de hablar contigo, la verdad.

-No soy un agente, no estoy en nómina, pero cuando requieren mis servicios me pagan bien. Me preguntan qué pienso de esto o de aquello. Cosas muy sencillas. Cuando la guerra del Golfo, como utilizaban la base aérea, vinieron varios agentes y sólo querían saber dónde se comía bien, que les recomendara hoteles, algún esparcimiento inocente. Ni siquiera hablo inglés. A veces me preguntan cosas comerciales, para instalar algún negocio, si pienso que la ciudad recibiría bien un parque acuático... cosas así. Mi familia no sabe nada de esto.

-No me nombres a tu familia.

-Perdona.

-Aún podría estar enamorada de ti, si no estuviera tan amargada.

-Lo siento.

-Y por qué me cuentas esta mierda.

-Tengo que preguntarte algo.

-¿A mí?

-Algo de tu familia...

-De mi padre.

-Sí... ¿sabes a qué me refiero?

-Su desaparición. A ver si va a ser verdad que eres un espía.

-¿Te ha contado él algo?

-No se acuerda. O dice que no se acuerda. Pero si me hubiera dicho algo, ni loca te lo iba a decir a ti.

-He sido sincero.

-Eso es lo raro.

-Mira, voy a dejarlo, éste es el último trabajo que hago para ellos...

-Qué interesante... ¿algo más?

-Desde el 11 de septiembre todo se ha vuelto...

-Joder, lo que me faltaba.

-En serio, has visto lo que quieren hacer en Estados Unidos, que los fontaneros y otros profesionales a domicilio se conviertan en confidentes del Gobierno...

-Con lo que cobran es lo menos que pueden hacer...

-Aquí van a hacer lo mismo.

-Ah, claro, y tu serás jefe de zona: Aragón y Rioja.

-Algo así. Por eso lo voy a dejar.

-Mira, no me fío de las casualidades. No me creo nada. No me creo nada de lo que estás diciendo, eres un hijo de puta.

-Tienes razón.

-Cuando empezaste a salir conmigo ya estabas trabajando en esto.

-Sí. Tu padre siempre ha sido sospechoso, aunque no sé de qué. Hay muchos sospechosos elegidos por procedimientos aleatorios.

-Eres un cerdo.

-Tampoco estuvo tan mal... de hecho, te dejé porque me resultaba difícil seguir disimulando... yo también me enamoré un poco de ti.

-Vete a la mierda.

-Espera, siéntate, por favor... no es fácil lo que estoy haciendo... es algo muy importante.

-Va, di lo que sea, que me voy.

-Es una cosa muy extraña. Tiene que ver con visiones... ¿sabes algo de eso?

-No.

-No me mientas.

-Ja.

-Sé cuándo mientes.

-Eres un profesional. Un puto espía ligón. ¿Con cuántas sospechosas te has acostado? Cuando te pille tu mujer le dirás, no es nada, cariño, sólo estaba buscando información...

-Mis jefes creen que la red terrorista tiene una nueva arma.

-Algo peor que la hamburguesa.

-Algo que provoca un estado de trance en el que se pierde la voluntad y que obliga a actuar a la gente como a control remoto, quizá inducida por un anuncio de televisión... No lo sé. La pista es que todos los afectados parecen haber sufrido una especie de visión que les obsesiona, es lo único que recuerdan... Por eso te pregunto si sabes algo, esa fuga de tu padre es muy extraña, si él te ha comentado algo...

-Es posible...

-Por supuesto, no me creo que eso lo hayan inventado los terroristas, creo que es un invento nuestro, pero que, como siempre, alguien se ha descontrolado...

-Está bien. Te voy a decir lo que sé, que no es mucho...

-Gracias, están desesperados.

-A cambio de una cosita...

-Sí.

-Que me recomiendes para tu puesto.

-¿Qué?

-¿No has dicho que te vas a retirar?

-Sí.

-Pues yo seré la jefa de zona, organizaré la red de delatores. Se me dan bien los fontaneros.

-Lo último que se me hubiera ocurrido...

-Mi madre está enferma. Quiero pagarle unas tetas nuevas, las mejores.

-Y tu padre...

-Si me contratan tendrán la seguridad de que ese hijo de puta estará bien controlado. Informes de primerísima mano.

-No te prometo nada...

-Yo tampoco.

-Pero... ¿no me vas a decir lo de la visión?

-Cuando me contraten tus amigos.

Soy la responsable de la zona noroeste. Mi antecesor ha muerto atropellado. Mi madre está bien, más guapa que nunca. A veces nos sentamos con mi padre en el balcón -cuando tiene fiesta viene su amigo el poli- y vemos caminar a la mujer por el tejado de enfrente, con su gran caja vacía, con la bata ondeando al viento, sin llegar a caerse.

Relato publicado en El Periódico de Catalunya